

Guerra, violencia y terror. La destrucción de Santiago de Compostela por Almanzor hace mil años

María Isabel PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO *

El acontecimiento

El año 997, entre los meses de julio y octubre, Almanzor dirigió contra Santiago de Compostela la cuadragésimo octava de sus expediciones. Su objetivo era dejar huella de su poder de destrucción en *la ciudad de Jacob, el hijo de José el comerciante, del que dicen los cristianos que era el esposo de María; en esa ciudad está su tumba*. Y lo cumplió sobradamente: *Arrasó la ciudad y destruyó el monasterio, pero no tocó la tumba*¹. En efecto, Santiago fue tomada el 2 de saban (el 10 de agosto). Se trataba de una de las más brillantes acciones de Almanzor, de una de las que mayores repercusiones tuvo en su época, tanto entre parciales como entre enemigos. En razón de los efectos psicológicos conseguidos, la expedición a Santiago figura, por derecho propio, entre las que más renombre dieron al caudillo andalusí. Aquel que, sin duda, mereció el epitafio que sus adeptos escribieron sobre su tumba:

*Sus hazañas te informarán sobre él
como si tus propios ojos lo estuvieran viendo.
¡Por Dios!, nunca volverá a dar el Mundo nadie como él
ni defenderá las fronteras otro que se le pueda comparar*².

Pero el brillante caudillo musulmán lo fue a costa de la sangre y las lágrimas de sus vecinos. Sampiro describe en términos apocalípticos unos tiempos que se caracterizaron por el signo de la destrucción:

* Universidad Complutense. Madrid.

¹ *Dikr bilad al-Andalus*, ed. de Luis Molina, «Las campañas de Almanzor a la luz de un nuevo texto», *al-Qantara* II (1981), p. 236. Utilizaré este trabajo para identificar las campañas de Almanzor.

² Luis Molina, «Las campañas de Almanzor...», p. 237.

Deuastauit quidem ciuitates, castella omnem terram depopulauit, usquequo peruenit ad partes maritimas occidentalis. Ispanie, et Galecie ciuitatem, in qua corpus beati Iacobi apostoli tumulatum est, destruxit. Ad sepulcrum vero apostoli, ut illud frangerit, ire disposuerat; sed territus rediit. Ecclesias, monasteria, palacia fregit, atque igne cremauit³.

Y el Silense añade:

Eadem uero tenpestate in Yspania omnis diuinis cultus periit, omnis christicolarum gloria decidit, congesti ecclesiarum thesauri funditus direpti sunt, cum tandem diuina pietas tante ruine compatiens, hanc cladem a ceruicibus christianorum auferre dignaretur. Siquidem XIII regni anno, post multas christianorum orriferas strages, Almanzor a demonio, quod eum uiuientem possederat, interceptus, apud Metinaçelim maximam ciuitatem in inferno sepultus est⁴.

El párrafo recuerda en su contenido y por sus expresiones aquél con el que el mismo cronista se lamentaba de la pérdida de España:

Post hec Mauri, viribus nullis obstantibus, totam Yspaniam ferro, flama et fame aritam suo dominio mancipauerunt. Quid enim illis officeret, qui publico bello omnem Yspaniarum multitudinem triumphali potentia deuicerant? Qui nimirum quantas cedes, quantasue orrifero ense christianorum strages fece-

³ «En los días de aquél (Vermudo II) por lo pecados del pueblo cristiano, aumentó el número de los sarracenos y su rey, que adoptó el falso nombre de Almanzor —como él no hubo ni habrá otro en el futuro—, tomando consejo de los musulmanes del otro lado del mar, y con todo el pueblo ismaelita, entró en los confines de los cristianos y comenzó a devastar muchos de sus reinos y a matar con la espada. Estos son los reinos de los francos, el reino de Pamplona, y también el reino leonés. Ciertamente devastó ciudades y castillos y despobló toda la tierra hasta que llegó a las zonas marítimas de la España Occidental y destruyó la ciudad de Galicia en la que está sepultado el cuerpo del beato Santiago apóstol. Pues había dispuesto ir al sepulcro del apóstol para destruirlo, pero aterrándose volvió. Destruyó iglesias, monasterios y palacios y los quemó con fuego en la era 1035. El rey celeste acordándose de su misericordia, tomó venganza en su enemigo y comenzaron a perecer de muerte súbita. El rey Vermudo, ayudado por el Señor comenzó a restaurar en mejor sitio este lugar de Santiago.» (*Crónica de Sampiro*, en la *Historia Silense* publicada por D. J. Pérez de Urbel y A. Ruiz Zorrilla, Madrid, 1959, p. 172, cap. 30).

⁴ «Almanzor, a quien la divina venganza dió tanta licencia que, agrediendo por 12 años consecutivos los confines de los cristianos, tomo León y las demás ciudades, destruyó la iglesia de Santiago y las de los santos mártires Facundo y Primitivo, como arriba indiqué, con otras muchas que es largo contar, manchó todas las cosas sagradas con osadía temeraria y, al final, hizo a todo el reino tributario suyo. Pues en aquellos tiempos en España, pereció todo el culto divino, cayó toda la gloria de los cristianos y los tesoros amontonados en las iglesias fueron todos arrebatados. Cuando por fin la piedad divina compadeciose de tanta ruina, se dignó quitar esta calamidad de las cervices de los cristianos. El año 13 del reinado, después de muchos espantosos estragos de cristianos, Almanzor, fue interceptado en Medinacelli, gran ciudad, por el demonio que lo había poseído, y está sepultado en el infierno.» (*Historia Silense*, pp. 175-6, cap. 71).

*rint, depopulate prouintie, subuersa ciuitatum menia, destructe ecclesie, in loco quarum Mahometis nomen collitur, habunde et super testimonium perhibent*⁵.

Porque en la mente de todos parecían estar, en efecto, las imágenes de destrucción subsiguientes a la conquista de España. Y así lo expresó textualmente Rodrigo Jiménez de Rada⁶.

El análisis de los testimonios referidos a estos momentos históricos nos permite afirmar que no hay ápice de exageración en las afirmaciones de los cronistas, que un manto de dolor se extendió implacablemente sobre los territorios cristianos alcanzando sus sombras a la práctica totalidad de los mismos.

Las circunstancias

El año 997, aprovechando los apuros de Almanzor, ocupado en hacer frente a una insumisión en África, el rey Vermudo de León rompe el acuerdo pactado el año anterior y suspende el pago del tributo. La contestación del gran chambelán amirita que contaba entonces cincuenta y siete años⁷, no se hizo esperar: dirigió sus tropas contra Santiago de Compostela, a sabiendas de que se trataba de uno de los santuarios venerados de la cristiandad. Su designio era evidente: alcanzar con su acción a todos los fieles del credo contrario⁸. Para colmo de oprobios las tropas musulmanas que alcanzaron Galicia se presentan acompañadas por nobles leoneses⁹.

⁵ «...después de estas cosas los moros sin encontrar fuerzas que les obstaculizaran, sometieron a su dominio toda España triturada por el hierro, la llama y el hambre. Pues ¿qué dañaría a aquellos que en batalla habían vencido con triunfal potencia a toda la multitud de las Españas? De sus matanzas y de los estragos de los cristianos dan fe abundantemente y de sobra las provincias despobladas, las murallas derruidas de las ciudades, las iglesias destruidas, en lugar de las cuales es adorado el nombre de Mahoma» (*Historia Silense*, p. 129, cap. 17).

⁶ «En consecuencia, habiendo desaparecido de España la gloria de los godos, robaron los árabes los tesoros de la Iglesia, y el culto de la Iglesia cayó en la incuria y acacieron de nuevo las calamidades que ocurrieron en tiempos de Rodrigo y que parecían ya olvidadas.» (R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, lib. V, cap. XV, p. 207 de la ed. traducida de J. Fernández Valverde, Madrid, 1989).

⁷ El texto del *Dikr bilad al- Andalus* informa de que, tras el ataque a Astorga del año 996 en la expedición cuadragésimo séptima, Vermudo se comprometió a la entrega de un tributo (p. 236). Ver también J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 241.

⁸ Manuel Fernández Rodríguez, «La expedición de Almanzor a Santiago de Compostela», *CHE*, XLIII-XLIV (1967), p. 347.

⁹ «Entretanto Rodrigo Velázquez, padre de este obispo (Pelayo, desposeído por el rey Vermudo) trajo a estas regiones con los otros señores de esta tierra a los sarracenos y a su jefe Almanzor» (*Historia Compostelana*, I, II, 8, p. 75 de la ed. de E. Falque Rey, Madrid, Akal, 1994). Es posible que no fuera el gallego Rodrigo Velázquez, como acusa esta fuente, quien organizara la célebre expedición, porque según Flórez, había muerto hacía 17 años, pero, sin

Los cronistas musulmanas se complacieron en transmitir todos los detalles de una expedición punitiva que se presumía gloriosa y en contribuir con la pluma al carácter propagandístico de la misma. Por ellos sabemos que el amirita salió de Córdoba el 3 de julio del año 997¹⁰, que hizo el camino por Coria, Viseo y Oporto, donde recibió a las tropas de infantería que habían viajado por mar y que ya en Galicia, congregadas todas las fuerzas, prodigó sus destrucciones. Dejaron buena constancia del castigo infringido a la ciudad de Iria (Padrón) y, naturalmente, del celo que el victorioso caudillo puso en arrasarse Compostela. La ciudad fue sometida a un riguroso saqueo durante una semana y, posteriormente, incendiada. Sólo se salvó de aquella ira programada el sepulcro del Apóstol. Ibn Idari inserta en el *Bayan al-Mugrib* la leyenda del anciano que en solitario custodiaba la tumba del Apóstol, abandonada por el resto de los habitantes de la ciudad que habían salido ante las noticias de la llegada de tan temido ejército. «¿Por qué estás ahí?», le preguntó el chambelán cordobés. «Para honrar a Santiago», le respondió sin sombra de pánico el celoso guardián. Sus palabras, la santidad de su misión y, tal vez, los últimos resortes supersticiosos del hachib, le salvaron la vida¹¹.

Entre los despojos conseguidos por el cordobés figuran seda brocada en oro, paños finos, pieles preciosas, además de las campanas del santuario y las puertas de la ciudad. Todo un repertorio de símbolos. Las campanas con que los cristianos convocaban a las ceremonias de su religión estaban destinadas a alumbrar la mezquita cordobesa, el recinto sagrado de la fe contraria, y la madera de las puertas tras las que los compostelanos creían parapetarse se utilizarían en el artesonado de las nuevas naves de ese mismo edificio¹². Además el hachib se llevó la arena blanca y brillante que podían transportar dos bestias de carga para colocarla bajo el almimbar construido por al-Hakam II¹³. Así, tras una campaña sin contratiempos ni obstáculos dignos de mención, Almanzor se dirigió a Lamego, donde repartió el botín obsequiando a los príncipes cristianos que le habían acompañado¹⁴. Ibn Idari refiere que *el ejército entró en Córdoba sano y salvo y cargado de botín, después de una campaña que había sido una bendición para los musulmanes*.

En otros términos: el hachib cordobés programó esta campaña como si de un ejercicio de afirmación política se tratara, la desarrolló con idéntico propósito y la culminó con total éxito. Para sus fines resultaba imprescindi-

duda, figuraban en ella otros nobles descontentos con la conducta del rey Vermudo. (M. Fernández Rodríguez, «La expedición...», p. 349).

¹⁰ Manuel Fernández Rodríguez, «La expedición...», p. 347-348.

¹¹ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, t. II, Buenos Aires, p. 179.

¹² Las obras iniciadas en el 987 duraron 10 años. J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, p. 244.

¹³ J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, p. 241.

¹⁴ E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031)*, tomo IV de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, 1976, pp. 424.

ble cuidar todos los detalles de aquella empresa. Y así afinó la elección del objetivo, acentuó la demostración de fuerzas y se procuró la compañía de aliados de todo credo religioso. La generosa remuneración de los servicios prestados no fue sino un colofón natural e inexcusable. Con todo ello el amirita había demostrado, cumplidamente, la fuerza de sus fuerzas y la fuerza de sus razones. Unas fuerzas que demandaban contemplar y disfrutar los beneficios inmediatos. Unas razones que, en el esquema interpretativo de la época, estaban avaladas por la sanción de un dios, pródigo en victorias militares y políticas.

Establecido el diálogo en estos términos, no es de extrañar que las crónicas cristianas, por su parte, sin restar importancia a las acciones del cordobés, trataran luego de aminorar sus efectos y restar trascendencia a sus logros. En este sentido resulta modélico el tratamiento que *La Crónica Compostelana* da a la expedición contra Santiago: idea una enfermedad — la disentería — que, al decir de su autor, hizo estragos entre las filas enemigas:

*Así pues, el santísimo Santiago que no quería que escaparan impunemente de su iglesia, que ellos con tanta soberbia habían pisoteado, los castigó con una enfermedad tan grande de disentería que, muertos la mayoría, sólo algunos pocos regresaron a sus casas*¹⁵.

La *Crónica General* insiste más o menos en lo mismo, con la particularidad de alargarse en el relato de la naturaleza y las consecuencias del castigo:

Ueno Almançor con su hueste mui grand, et entro en Gallizia por Portugal, corriendo et astragando uillas et cibdades; et quando llego a la marisma astrago la cibdad et la iglesia de Sant Yague, et quemola; et no catando al, entro en aquel lugar do yazie el cuerpo de sant Yague apostol pora quebrantar el su monumento; mas fue y muy mal espantado por un grand rayo que firio cerca dell...

A pesar de todo se llevó las campanas menores... por sennal del uencimiento que auie fecho, et pusolas por lampadas en la mezquita de Córdoua. Pero antes de que abandonase la tierra:

Por el peccado del atreuimiento et de las suziedades que el facie en la iglesia de sant Yague, cayo en el una de las mas suzias enfermedades que podrie ser, et es aquella que dizen los fisicos diarria.

Pasa luego el cronista a explicar la enfermedad con términos extremados. Afirma que cuando el rey don Vermudo supo lo ocurrido mandó muchos

¹⁵ *Historia Compostelana*, I, II, 8, p. 75.

peones a las montañas con la orden de matar a cuantos se encontraran enfermos¹⁶.

Como hemos visto, la versión musulmana —mucho más ajustada, sin duda, a la verdad de lo acontecido— es bien diferente.

Un tiempo de crisis

Pero las dificultades habían comenzado 50 años atrás. Efectivamente, la segunda mitad del siglo X corresponde en la España cristiana a un momento de aguda crisis política y marcada decadencia militar; un momento caracterizado en las fuentes de la época por una manifiesta inestabilidad de la monarquía. Este rasgo, puramente político, fue el primero que resaltaron las crónicas cristianas, no sólo por ser el fundamental, según los criterios valorativos de la época, sino por entender, sus autores, que era la nota más llamativa para la caracterización de unos tiempos sobrecogedores. Un rasgo de decadencia política y moral que el paso de los tiempos y la sucesión de los acontecimientos van agravando significativamente.

Por ellas, por las crónicas, sabemos que a la muerte de Ramiro II, el año 951, sube al trono su hijo primogénito, Ordoño III¹⁷. Se trataba de un monarca con voluntad de gobierno y decisión militar que intentó emular los éxitos paternos en el terreno de la guerra, dirigiendo una operación de castigo contra Lisboa muy loada por Sampiro, quien afirma sencillamente que volvió con paz y victoria, trayendo botín y prisioneros¹⁸. Por desgracia, su autocracia se vio contestada desde diversos ámbitos¹⁹, y en especial desde Castilla, cuyo conde Fernán González trató de sustituirle por su hermano menor. De todas formas, hasta el año 956, a su muerte —muerte prematura, cuando contaba poco más de 30 años—, no se agudizó esa situación de interinidad a que me refiero²⁰.

Ordoño dejaba un hijo de nombre Vermudo cuya filiación exacta nos es desconocida, pues no sabemos si había nacido de Elvira, la condesa gallega, o de Urraca, la hija de Fernán González²¹. Pero quien sube al trono es San-

¹⁶ *Primera Crónica General de España*, ed. Menéndez Pidal, Madrid, Gredos, 1977, cap. 754, p. 754.

¹⁷ Sobre la vida y actividad de este monarca véase J. Rodríguez, *Ordoño III*, León, 1983.

¹⁸ *Historia Silense*, p. 169. J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo III (910-1037)», en *El reino de León en la Alta Edad Media*, León, 1995, p. 300.

¹⁹ Sabemos que frente al rey se levantan el magnate gallego Jimeno Díaz y sus hijos y que la crisis debió terminar antes de 955, año en el que Ordoño concedió parte de los bienes del levantisco magnate a Rosendo de Celanova (A. Isla Frez, *La sociedad gallega en la Alta Edad Media*, CSIC, Madrid, 1992, p. 189).

²⁰ El cronista Sampiro afirma que muere de «muerte propia». J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo III...», p. 293.

²¹ J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo III...», pp. 294-295.

cho, un hermano menor del difunto, hijo de Ramiro II de León y de Urraca y nieto, en consecuencia, por línea materna de Sancho Garcés de Pamplona y doña Toda²². Sancho, mayor en años que Vermudo, era, teóricamente al menos, más capaz de enfrentarse a los retos del momento.

Sin embargo, el reinado que se inaugura está marcado e interrumpido por un grave levantamiento. En efecto; es bien sabido que el nuevo rey, apodado el Craso, sufrió el año 957 una aceifa de Córdoba especialmente dañina que costó cientos de bajas y buena parte de la cabaña²³. Con estos precedentes y esgrimiendo la excusa de una gordura que imposibilita al titular del trono el ejercicio ecuestre y, en consecuencia, el cumplimiento de las obligaciones bélicas, Fernán González promovió un nuevo levantamiento que derrocó a Sancho, obligándole a buscar refugio y solución para sus males en la corte califal y situó en el trono a Ordoño IV²⁴.

Cuando Sancho regrese el año 959, está curado de sus afecciones pero lastrado política y militarmente con un fardo tan pesado que le imposibilitará, tanto o más que su gordura, para empuñar las armas contra los musulmanes. ¿Como iba a pensar en atacar a los califas un rey que debía la recuperación de su trono a un régimen alimenticio ideado por Asday ben Saprut, el médico de sus teóricos enemigos? Tras su vuelta a León, estuvo claro que Sancho podía emular la figura y el tipo de su padre, el llorado Ramiro II, pero no sus hazañas en el campo de batalla. No era eso todo. Sancho recuperó su trono acompañado por un cuerpo de ejército que mandaba Galib. Se reunieron todos en Medinaceli y, desde allí se dirigieron a Zamora que se rindió muy poco después²⁵. Con estos precedentes no puede extrañarnos que el rey repuesto viera acentuarse las resistencias internas a su autoridad y tuviera que concentrar todas sus fuerzas en combatir a una nobleza cada vez más pagada de su poder. Fue en el trascurso de unas negociaciones con los magnates gallegos cuando murió, según Sampiro, envenenado con una manzana que le ofreció Gonzalo Menéndez, titulado duque de Galicia²⁶. Corría el mes de noviembre del año 967, y el difunto rey no dejaba más descendientes que un niño de 5 años²⁷.

²² Sobre este monarca véase J. Rodríguez, *Sancho I y Ordoño IV*, León, 1987.

²³ J. Rodríguez, *Sancho I y Ordoño IV*, p. 23.

²⁴ A la trama nobiliaria que costó el destierro a Sancho I se refieren J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo III...», p. 312-313 y V. A. Álvarez Palenzuela, «La nobleza del reino de León en la Alta Edad Media», en *El reino de León en la Alta Edad Media*, León, 1995, pp. 219-221.

²⁵ J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo II...», I, p. 313.

²⁶ V. A. Álvarez Palenzuela, «La nobleza del reino de León en la Alta Edad Media», p. 221, esboza la tesis de que el conde Gonzalo fuese la cabeza de una conspiración que pretendía provocar «un cambio político absoluto en la dirección de la monarquía».

²⁷ Sobre el final del reinado véase J. Rodríguez, «La monarquía leonesa. De García I a Vermudo III», pp. 318-319. No siempre se han interpretado así estos acontecimientos. Para A. Isla Frez («Nombres de reyes y sucesión al trono», en *Studia Historica. Historia Medieval*, vol. XI (1993), pp. 32-33), con el retorno de Sancho tuvo lugar un «reforzamiento de la polí-

¿Pero qué había pasado en el paréntesis cronológico que va del año 957 al 959? Pues que el signo de los tiempos apenas si experimentó modificación alguna.

Ordoño gobernó tan desafortunadamente que mereció el sobrenombre de «el malo», por su cobardía o «el jorobado», por su deformidad física. Pero esa no es la clave de su destino. Más cierto es que los bandos nobiliarios no dudaban en disputarse el poder parapetados tras los distintos candidatos al trono. Y si Ordoño dispuso del soporte de Fernán González, su paladín en los primeros tiempos y su suegro y del apoyo de parte de los magnates gallegos, para convertirse en rey, tuvo también que aguantar la hostilidad de Pamplona y de los magnates leoneses que acabaron por destronarle²⁸. De acuerdo con una costumbre que más parecía regla en estas décadas, el depuesto rey Ordoño buscó refugio en al-Andalus el año 962, bajo la protección del califa al-Hakam (Abd al-Rhman III había muerto en 961). En abril llegó a Córdoba acompañado por Galib y allí no regateó ninguna de las muestras de respeto y sumisión que eran normales en estos casos: visitó la tumba de Abd al-Rhman III, cumplimentó al califa reinante, ante quien se postró varias veces y se reconoció vasallo del Emir de los Creyentes. Las fuentes cordobesas se complacen en describir todas los actos de un ceremonial especialmente humillante²⁹. El pacto firmado entonces, forzó a Sancho el Craso a enviar una nueva embajada a Córdoba con más ofrecimientos de respeto.

León se convertía, así, en una especie de vasallo de Córdoba y el Califato islámico imponía sobre el reino cristiano un régimen de protectorado³⁰. La muerte de Ordoño IV, en oscuras circunstancias durante su exilio cordobés, no modificó la situación en León. Porque si bien Sancho se vio libre de un competidor en el exterior, el desorden interno, plasmado en la rebelión de los nobles gallegos, consumió todas sus energías y le obligó a encajar varias acefas en los años anteriores a su muerte. Es probable que, como sostiene Amancio Isla, más que una guerra dinástica entre los partidarios de Sancho y los de Ordoño, se tratara de «luchas entre las distintas familias aristocráti-

tica regia frente a la aristocracia», reforzamiento que confirmó la designación de su hijo, de nombre Ramiro, para sucederle en el trono. Años después, el ascenso de Vermudo II es interpretado, por el mismo autor, como un signo claro del rechazo de la aristocracia al intento, por parte de la realeza, de forzar un orden de sucesión dinástica. Los grupos nobiliarios, en esas circunstancias, se comprometieron en la defensa de los derechos de otros miembros de la familia regia, que en este caso estaban estrechamente vinculados a la aristocracia galaica.

²⁸ V. A. Álvarez Palenzuela, identifica estos años como aquéllos en que la nobleza es «dueña del trono» («La nobleza del reino de León...», pp. 215-219).

²⁹ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, t. II, p. 77

³⁰ El análisis de la situación realizado por R. Menéndez Pidal (*La leyenda de los Infantes de Lara*, Madrid, 1934, pp. 454-455) hizo fortuna y al protectorado de Almanzor se refieren todos los historiadores.

cas», luchas mediante las cuales esas familias trataron de conquistar posiciones junto al trono³¹.

Hasta aquí los movimientos políticos están, sino enteramente justificados, al menos exculpados en criterios de eficacia política. Pero el ascenso al trono de Ramiro III cuando todavía era un niño de pocos años, demuestra el triunfo en la monarquía leonesa de los principios hereditarios y de primogenitura. Ejercerá la regencia Elvira, abadesa de San Salvador de León y tía del monarca. Todo parece indicar que esa mujer prudentísima — como la califica Sampiro — no encontró resistencias considerables y el hecho no deja de producir extrañeza³². ¿A qué se debió su aceptación; a la aureola que le proporcionaba ser hija de Ramiro II? No parece que así fuera. Era la primera vez que ocupaba el trono un menor inútil para acaudillar un cuerpo de ejército. Pero también era la primera vez que en el reino nadie estaba interesado en la existencia de un poder fuerte, capaz de imponer su autoridad frente al enemigo externo y frente a los poderosos de dentro. Y esto ocurría en unos momentos especialmente dramáticos para los cristianos, cuando el poderío de los Omeya parecía no conocer ningún tipo de obstáculo.

Por las mismas fechas se producía un auténtico cambio generacional marcado por las muertes en 970 del conde Fernán González de Castilla y del rey García Sánchez de Pamplona. El vacío de personalidades de reconocida autoridad, favoreció la proliferación de figurillas nobiliarias, deseosas de conseguir cuotas de poder territorial aún a costa de las más lastimosas indignidades. El cuadro que ofrece el Silense es bien indicativo de la situación:

*Nempe post mortem istius, ut in tali negotio euenire solet, comites, qui prouinciis preerant, alii regnum inperium plus iusto perpeusum ad memoriam reuocantes, alii ambitione inperitandi absque iugum munitiones contraponentes, Raymiro Sancii regis filio, adhuc teneris annis detento, parere recusabant*³³.

Nada sorprende que a partir del 971 Córdoba vea desfilar por sus calles las embajadas del Conde Borrell de Barcelona, del conde Gonzalo de Astorga, de Sancho Garcés II de Navarra, de los condes García Fernández de Castilla, Fernando Ansúrez de Monzón y Fernando Laínez, hijo del de Sala-

³¹ A. Isla Frez, *La sociedad gallega en la Alta Edad Media*, p. 192.

³² «... Deuote Deo ac prudentissime» (ed. *Historia Silense*, p. 171).

³³ «Después de la muerte de éste, como suele suceder en tales ocasiones, los condes que gobernaban las provincias, unos recordando que habían sufrido el poder de los reyes más de lo justo, otros oponiendo la fuerza a la ambición de mandar sin yugo, rehusaban obedecer a Ramiro, hijo de Sancho, aún de pocos años. Y el bárbaro, enterado de la discordia de los cristianos, pasó un vado del río Duero que entonces se tenía por límite entre cristianos y bárbaros. En este hecho ayudaba al pueblo bárbaro la largueza con que se había atraído a no pocos soldados cristianos y la justicia para hacer juicio, la cual — como supe por el relato paterno — estimó más aún que todos los cristianos.» (*Historia Silense*, p. 173, cap. 70).

manca³⁴. También el año 973 se sucedieron las embajadas; la del rey de Pamplona, la de Fernando Ansúrez, la de los de Saldaña. Asimismo llegó una legación de Doña Elvira, la regente de León, sólo que el tono y el contenido de sus misivas disgustaron tanto al califa que despidió a los diplomáticos con una sonada reprimenda y sin las atenciones de costumbre³⁵. El año 974 se recibieron en Córdoba embajadas castellanas, al tiempo que el conde Garcí Fernández efectuaba un ataque al castillo de Deza, próximo a Medinaceli. Coincidían estas operaciones con la estancia de Galib en el Norte de África y eran la expresión de un esfuerzo desesperado por recurrar posiciones en la frontera. Pero poco después Galib retornó cargado de laureles y el califa le encomendó, en una ceremonia que revistió gran solemnidad, la tarea de restaurar el orden en el Norte³⁶. En mayo de 975 Galib estaba en el Duero y se enteraba de que las tropas de Garcí Fernández, que se encontraban sitiando el castillo de Gormaz, habían sido derrotadas por la guarnición de la plaza. Galib aprovechó la ocasión para rentabilizar el éxito y devastar el condado³⁷. Los muertos de la campaña de Gormaz, según Ibn Hayyan, se contaron por miles. Mientras, los navarros eran derrotados en Estercuel de Ribaforada, a pocos kilómetros de Tudela³⁸.

Se iniciaba en la Hispania cristiana uno de los períodos más sombríos de su historia militar, sino el más oscuro. En efecto, en octubre del 976 moría el califa al-Hakan y era sucedido en el ejercicio efectivo del poder, tras el paréntesis de unos pocos meses, por Ibn Abi Amir, hachib o chambelán del nuevo califa.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez; el 977, entre el 24 de febrero y el 17 de abril, las tropas musulmanas conquistaron el castillo de Baños de Ledesma en la provincia de Salamanca, haciéndose con un botín que el texto del *Dikr* cifra en 2.000 cautivas. Se trataba de la primera expedición programada por Ibn Abi-Amir. Había comenzado un período de 25 años en el que «una inusitada actividad militar del Estado cordobés habría de sembrar la destrucción por los más reconditos lugares de la España cristiana, desde Santiago de Compostela a Gerona»³⁹. En efecto; poco después, en 981, Almanzor conseguía derrotar una coalición en la que figuraban junto a Galib, gobernador rebelde de Medinaceli, navarros y castellanos. La consecuencia de la derrota fue la pérdida de las fortalezas de Atienza y Calatayud. Y en 983 Ramiro III, aliado a pamploneses y castellanos, experimenta en

³⁴ *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II*, por 'Isá ibn Ahmad al-Razi, trad. E. García Gómez, Madrid, 1967, cap. 28.

³⁵ *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II*, cap. 157. Véase también, J. Rodríguez Fernández, «La monarquía leonesa de García I a Vermudo III...», p. 335.

³⁶ *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II*, cap. 220.

³⁷ J. Rodríguez Fernández, «La monarquía leonesa de García I a Vermudo III...», p. 336.

³⁸ *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Hakam II*, cap. 242.

³⁹ L. Molina, «Las campañas de Almanzor...», p. 209.

Rueda una aplastante derrota. Como resultado de la misma, la fortaleza de Simancas fue tomada al asalto⁴⁰. Al decir de J. Rodríguez, la capacidad defensiva de León quedó tan maltrecha que el reino estuvo ya enteramente a merced del caudillo cordobés y a resultas de todas sus iniciativas⁴¹.

La cosecha de desastres —confirmados o presentidos— movió, no sabemos bien en qué fecha, a los condes gallegos⁴² a levantarse contra Ramiro III apoyando a Vermudo II, hijo de Ordoño III. De nuevo una historia de sombrías aspiraciones oscurece el panorama de la España cristiana. La guerra civil volvía a ser un hecho y en el transcurso de la misma, Vermudo y sus partidarios se apoderaron de León el año 984. Todo continuó por los senderos acostumbrados hasta que el 985 murió en Astorga, donde se había refugiado, Ramiro III. Los tiempos de discordia habían proporcionado a Almanzor nuevas oportunidades para ejercer de árbitro. En el seno de esta confrontación el amirita dirigió en septiembre del año 982 contra la capital del reino un nuevo ataque. León se salvó, esta vez, gracias a una climatología desfavorable para las operaciones bélicas, propia de lo avanzado de la estación⁴³.

En 985 subía al trono de León Vermudo II, el hijo de Ordoño III, tras la muerte de su antecesor de forma natural. Sin embargo, el relevo en la cúpula del reino no supuso ningún cambio sustancial. La posición del nuevo rey debió verse debilitada por las dudas respecto a su legalidad, puesto que su madre había casado con Ordoño tras el repudio de Urraca, la hija de Fernán González. La guerra civil mantenida con Ramiro desde el año 982 y alentada desde el exterior, completó un cuadro de destrucciones y desórdenes que tampoco le favorecieron. Además no se debe olvidar que el 25 de septiembre del 985 Vermudo hizo su entrada oficial en León escoltado por tropas de al-Andalus. Almanzor capitalizó su apoyo, según Ibn Jaldúm, dejando guarniciones en tierras de León y cobrando un tributo anual. El Amirita había conseguido, en palabras de Dozy, que el reino de León se convirtiera en *una provincia tributaria*⁴⁴.

Pero la situación se volvía así de lo más comprometida para la realeza, obligada a pactar con Almanzor a causa de su debilidad y desautorizada en

⁴⁰ Ruiz Asencio, «Campañas de Almanzor...», p. 50.

⁴¹ J. Rodríguez Fernández piensa que el levantamiento nobiliario se debe a las campañas de Almanzor y no concretamente al desastre de Rueda del año 983, «La monarquía leonesa de García I a Vermudo III...», p. 338, n. 623.

⁴² La proximidad de ambos acontecimientos: el desastre de Rueda, con el consiguiente prestigio real, y el levantamiento nobiliario, ha hecho que ambos se pongan en relación. Así V. A. Álvarez Palenzuela («La nobleza del reino de León en la Alta Edad Media», p. 226) acepta como verosímil que el enfrentamiento civil fuese posterior a la derrota de Rueda. A. Ís-la Frez (*La sociedad gallega en la Alta Edad Media*, p. 192, n. 253) se pregunta si los nobles gallegos protagonistas de tal enfrentamiento llegaron a presentarse en la batalla.

⁴³ Ruiz Asencio, «Campañas de Almanzor», p. 49.

⁴⁴ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, t. II, Buenos Aires, p. 153.

el interior del reino como consecuencia de esos pactos que demuestran, de forma palmaria, sus incapacidades. No tiene nada de particular que en 985, Vermudo denunciara el acuerdo y rompiera sus compromisos. Almanzor contestó con violentas campañas que arruinaron Coimbra en 987, tomaron León y devastaron toda la región en alianza con los condes de Saldaña y de Luna en 986⁴⁵. Mientras, los condes gallegos se sublevan obligando al rey a emprender una campaña contra Lugo⁴⁶.

Tenemos constancia, por un documento de Celanova, de que el año 996 se rebeló Osorio Díaz contra el rey, coaligándose con los musulmanes. El texto del documento por el cual sus bienes pasan a poder del monasterio de Celanova insiste en que se sublevó *adversus gentem et patriam nostram*. Pero esos comportamientos no eran nuevos en la nobleza gallega; años antes, en torno a 991 se había sublevado y arruinaba la tierra, Suario Gundemariz. Sabemos también por una escritura de 993 que Gonzalo Menéndez acogía a todos los rebeldes que lo eran contra el rey, lo que obliga a Vermudo a entrar en Galicia, a apoderarse de uno de sus hijos para forzarle a negociar.

La muerte de Vermudo II en 999 dejaba a la monarquía leonesa en una posición aún más débil, pues el nuevo rey, un niño de tres años, quedaba sometido a la tutela y la regencia del conde gallego Menendo González. Y es que a pesar de los esfuerzos de Vermudo II por controlar las revueltas nobiliarias no había podido conseguir limar el poder de la nobleza⁴⁷. Más aún, ésta había sabido hacer valer sus cartas para mantener e, incluso, ensanchar su poder. Frente al niño rey, el conde castellano Sancho García parecía encarnar la única posibilidad de resistencia ante Córdoba. El encabeza la coalición de fuerzas que fue derrotada por Almanzor, en el año 1000. El descalabro no sólo no terminó con los intentos hegemónicos del conde, sino que anunció el final del régimen amirita. La derrota, sin embargo, no fue fácil, porque las repetidas cargas de la caballería aliada, encabezada por el conde de Castilla, hicieron ceder al ala derecha del ejército de Almanzor.

⁴⁵ J. Rodríguez, «La monarquía leonesa», pp. 358-359. V. A. Álvarez Palenzuela («La nobleza del reino de León en la Alta Edad Media», p. 229.

⁴⁶ A. Isla Frez (*La sociedad gallega en la Alta Edad Media*, p. 193) apunta a que el descontento de los magnates gallegos pudo deberse al repudio de su esposa gallega Velasquita y al establecimiento de vínculos con los magnates castellanos.

⁴⁷ Sobre estos años véase A. Isla Frez, *La Sociedad Gallega*, pp. 188-197, y V. A. Álvarez Palenzuela, «La nobleza del reino de León...», pp. 230-231.

Almanzor, árbitro de la situación

a) *El ejercicio de la superioridad y la clave del poder*

Las fuentes árabes, muy abundantes al respecto, cifran en cincuenta y seis el número de campañas militares realizadas por Ibn Abi Amir a lo largo de una dilatada carrera que le permitirá primero, constituirse en árbitro indiscutible de los destinos de al-Andalus y luego, mantenerse como tal hasta el fin de sus días⁴⁸. Esas campañas, realizadas, casi todas, contra los cristianos del norte peninsular, le hicieron acreedor al título de *al-Mansur bi-llah*, «el que recibe la victoria de dios», con el que gustaba ser reconocido, con el que, convenientemente transformado, le identificaron sus enemigos y con el que pasó a la Historia. En efecto, como es bien sabido, el Almanzor de nuestros cronistas se decide a tomar un sobrenombre honorífico —costumbre hasta entonces reservada a los califas—, tras derrotar el 10 de julio de 981 a las tropas de su suegro Galib y de sus aliados cristianos en la llamada batalla de las tres naciones, en el castillo de San Vicente, cerca de Atienza. Bien lo podía hacer, porque esa victoria le había proporcionado, además de las plazas de Atienza y Calatayud, todos los resortes del poder en Córdoba⁴⁹.

Pero ya antes de ese día señalado, Muhammad ibn Abi Amir había realizado otras empresas en las que quedaba claro cual sería la actividad preferente de su gobierno y cual se proponía que fuera la base y fundamento del régimen político que proyectaba instaurar: una actividad militar frenética que rendía notables beneficios económicos y le proporcionaba un prestigio difícil de igualar por nadie. En efecto, el año 977 organizó y dirigió, siempre con notable éxito, tres campañas (contra Baños de Ledesma, Cuéllar y Salamanca); el 978 dos (contra la región de Barcelona y Ledesma); el 979 dos (contra Zamora y Sepúlveda, más una tercera contra África); el 980 otras dos (contra ¿la Laguna? y Almunia) y una más en la primavera de ese año, el 981, preparatoria de la que le permitió deshacerse de su suegro.

La mayoría de los investigadores cifraban en más de cincuenta las expediciones realizadas por Almanzor a lo largo de su vida. Pero el *Dikr bilad al-Andalus* elevó esa cifra a cincuenta y seis. El número ha sido aceptado por L. Molina, el editor de la mencionada fuente, después de un concienzudo análisis del texto en el que se basa⁵⁰. No es mi propósito entrar a discutir

⁴⁸ Han sido estudiadas por J. M. Ruiz Asencio, «Campañas de Almanzor contra el reino de León», *AEM* 5 (1968), pp. 31-64, y L. Molina, «Las campañas de Almanzor...». A este autor me atengo para dar la cifra. Véase también L. Seco de Lucena, «Acerca de las campañas militares de Almanzor», en *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos XIV-XV* (1965-1966), pp. 7-29.

⁴⁹ J. M. Ruiz Asencio, «Campañas de Almanzor...», p. 46. También L. Molina, «Las campañas de Almanzor...», p. 244.

⁵⁰ Luis Molina, «Las campañas de Almanzor...», pp. 216-221.

cual sea el número, la cronología o los efectos concretos de cada una de esas expediciones. Los arabistas tiene en estos temas indiscutible autoridad. Sólo me atreveré a afirmar lo parece obvio a la luz de la información de que disponemos: que el hachib había culminado el día de su muerte, con pleno éxito, un programa de destrucciones y rapiñas meticulosamente planeado y puntualmente realizado. El anónimo autor del *Dikr*, copiando a Ibn Hayyan, afirma que el amirita no dejó «durante toda su vida» de «atacar a los cristianos, asolar su país y saquear sus bienes». Que los ataques de Almanzor respondían a una voluntad deliberada de someter y humillar a sus enemigos queda patente en las frases que siguen, «los cristianos... llegaron a temerle como a la muerte y se tuvieron que contentar con las cosas más viles para su religión». En efecto, el saqueo metódico y dirigido trataba no sólo de empobrecer a los enemigos, sino de humillarles en lo que hasta el momento había sido el soporte de la resistencia: la confianza en el Credo religioso.

Pero eso no es todo; si las frases susodichas son el claro eco de un programa político-moral, la fuente que las contiene, considerada en su conjunto, es el mejor exponente de la puesta en práctica de ese programa. Porque la reseña de la totalidad de las empresas permitió a L. Molina ofrecer una seriación cronológica de las destrucciones sistemáticas del amirita y, a nosotros, intentar una valoración de sus efectos.

Porque el *Dikr* está redactado de tal modo que la noticia de cada campaña, escuetísima la mayor parte de las veces, contiene, sin embargo, especificaciones que admiten una valoración numérica. En efecto, en esas reseñas se apunta una serie de datos referentes al objetivo, los logros territoriales, las destrucciones, el botín y el número de prisioneros susceptibles de ser computados. Y aunque no podamos ignorar la finalidad propagandística de la fuente y tengamos que suponer, en consecuencia, un abultamiento de las cifras y datos en ella consignados, lo cierto es que en el fondo y en la forma de este texto subyace una base de verdad que no debe ser desdeñada. Veámosla:

Conquistas

El *Dikr* afirma que Almanzor conquistó entre su primera expedición el año 877 y su muerte las siguientes posiciones: Baños de Ledesma (en la 1.^a expedición), Cuéllar (2.^a), Salamanca (3.^a), Calatayud (13.^a), Atienza (13.^a), Zamora (14.^a), Trancoso (15.^a), Toro (17.^a), Simancas (18.^a), otra vez Salamanca (19.^a), Sepúlveda (22.^a), Barcelona (23.^a); Salamanca de nuevo (25.^a), el castillo de León (25.^a), Condeixa (26.^a), Portillo (29.^a), otra vez Toro (30.^a), Osma (34.^a), Montemayor (35.^a), San Esteban del Gormaz (41.^a), Pamplona (41.^a), Clunia (41.^a), Astorga (47.^a), de nuevo Pamplona (51.^a) y Baños (55.^a).

De algunas de estas conquistas poseemos datos reveladores, como por ejemplo que la toma de Zamora en la expedición 25.^a se logró mediante ca-

pitulación; o que Montemayor se sometió en la 35.^a Mayor interés, desde nuestro punto de vista, contiene la precisión de que Osma y San Esteban fueron repobladas con musulmanes. A tenor de esta noticia podemos concluir que el amirita no consideró oportuno hacer lo mismo en otras posiciones. Bien es cierto que Osma y San Esteban de Gormaz, dos enclaves en la frontera, se prestaban muy bien a una ocupación efectiva, pero ¿por qué no hizo lo mismo con Zamora, por ejemplo?

Destrucciones

Además, la fuente que analizamos especifica un número, ciertamente alto, de posiciones que no sólo fueron conquistadas, sino también destruidas. Es el caso de Zamora en la 6.^a campaña; de los arrabales de León en la 17.^a; de las murallas de Simancas en la 18.^a; de Sepúlveda en la 22.^a; de Condeixa, arrasada e incendiada en la 26.^a; de Coimbra en la 28.^a; de Astorga en la 31.^a; del castillo de Portillo en la 32.^a; de Alcubilla en la 34.^a; del país de los vascones en la 37.^a; de Pamplona en la 41.^a; de Santiago en la 48.^a; del territorio de Pallars en la 50.^a; otra vez de Pamplona en la 51.^a y de Baños en la 55.^a.

Del rigor de los cercos a que fueron sometidas algunas de estas posiciones dan cuenta ciertas frases contenidas en el *Dikr*, frases que no por escuetas dejan de sobrecogernos mil años después de ser consignadas por escrito. Así sabemos que Sepúlveda (22.^a) y Barcelona fueron combatidas con almanjeques. Pero hay más; en concreto las máquinas que atacaron Barcelona el año 985 (23.^a) lo hicieron disparando cabezas de cristianos a un ritmo de mil por día. El hecho y la consignación del mismo en un texto cronístico son el más fiel exponente del recurso sistemático, por parte del amirita, a una política de terror. A esa política de terror respondían también las destrucciones planeadas.

De todas formas la conjunción de los dos datos —devastaciones sistemáticas y ausencia o rareza de ocupaciones efectivas— parece indicar que el hachib se inclinaba más por una vía de sometimientos político-económicos, que de colonizaciones territoriales.

Matanzas

A tenor de lo que llevamos visto, no puede extrañarnos la introducción de frases relativas a matanzas. Debieron ser especialmente abultadas las cifras de muertos en las expediciones 7.^a (contra Sepúlveda), 11.^a; 18.^a (contra Simancas), 20.^a (contra Sacramenia); 33.^a (contra Toro); 39.^a (contra San Esteban); la 40.^a; la 42.^a (contra León y Astorga); la 45.^a (contra San Román); la 46.^a (contra Aguilar de Sousa); la 50.^a (contra Pallars); 53.^a (contra Mon-

temayor). En algún caso el autor reseña el número de los muertos: 20.000 en Aguilar (46.^a); 10.000 en Montemayor (54.^a), y en otro precisa que Almanzor dio muerte a todos los hombres (en la 20.^a contra Sacramenia).

Botín

También el botín merece la atención de nuestro informante. Se mencionan los rendimientos económicos en la 7.^a (contra Sepúlveda); la 12.^a; la 14.^a (contra Zamora); la 15.^a (contra Trancoso); la 17.^a (contra León); la 21.^a (contra Zamora); la 22.^a (contra Sepúlveda); la 31.^a (contra Astorga); la 43.^a (contra Castilla). Como de costumbre, el cronista de cuando en cuando aporta algún dato más significativo; por ejemplo que en la 21.^a cobró tributo de Zamora y que en la 31.^a el botín consistió en mármol procedente de Astorga.

Prisioneros

Son veintisiete las expediciones que, a juicio de esta fuente, destacaron por el abultado número de cautivos. En siete de ellas se especifica que las apresadas eran mujeres, y en dos más, que la captura fue de mujeres y niños. En las incursiones contra Cuéllar (2.^a) y Calatayud (13.^a), nuestro informante apunta que fueron hechos prisioneros todos los habitantes de la población.

Pero tal vez el dato más relevante sea el referido al número de prisioneros, porque cuando nuestro informante contabiliza el botín humano lo hace siempre en cifras de varios miles. A destacar las 40.000 cautivas conseguidas el año 988 en la campaña contra Zamora y Toro (30.^a); las 70.000 mujeres y niños que se llevó del condado de Barcelona (23.^a); las 50.000 almas que se integraron el botín recogido en Aguilar de Sausa el 995 (46.^a) o los 10.000 reunidos en la campaña contra Montemayor, ya al final de su vida. Pero cuando las cifras alcanzan una dimensión aterradora es cuando se refieren a mujeres. Por los datos que aporta el *Dikr* entre el 977 y el 1002, el amirita aprisionó sólo en las campañas más sobresalientes 99.000 mujeres. Esa cifra se desglosa de la siguiente forma:

- 2.000 en Baños de Ledesma el 977 (1.^a)
- 3.000 en Cataluña el 978 (4.^a)
- 13.000 en Zamora el 979 (6.^a)
- 1.000 en León y Toro el 982 (17.^a)
- 17.000 en Simancas el 983 (18.^a)
- 40.000 en Zamora el 988 (30.^a)
- 5.000 en la Rioja y Navarra el 991-992 (36.^a)
- 18.000 en Navarra en torno al año 1.000 (54.^a)

Aun suponiendo un abultamiento de cifras acorde con la naturaleza de la fuente, no cabe la menor duda de que durante los veinticinco años que duraron las expediciones de Almanzor, fue trasladado al sur un importante contingente de mujeres cuyo destino fue la esclavitud. También parece evidente que la política del amirita consistió en sacrificar a los hombres y deportar a mujeres y niños.

Pero no es sólo el frío recitado de cifras lo que nos proporciona una clara idea del desastre que supuso el ataque de Almanzor. Otras fuentes han permitido completar el panorama y situar las más importantes de estas operaciones en su contexto.

Especial dramatismo revistió la campaña contra Barcelona, a alguna de cuyas atroces peculiaridades hemos hecho mención más arriba. El 984 Almanzor, tras atacar el condado de Castilla y ante la escasa resistencia que encontró en Sepúlveda, dirigió sus fuerzas contra el condado de Barcelona, con el propósito de realizar las consiguientes depredaciones preparatorias. Porque las circunstancias no podían serle más favorables. En efecto, el 985 Vermudo II de León firmó un tratado de paz con el hachib de Córdoba que le permitió instalarse en el trono y dar por concluida la guerra civil que había mantenido contra Ramiro III⁵¹. Barcelona quedaba sola ante su enemigo y el 6 julio del 985 fue tomada al asalto, saqueada y quemada. La mayor parte de sus habitantes fueron pasados a cuchillo y el resto vendidos como esclavos.

Pero, a poco, las aceifas volvieron a dirigirse contra el reino León con toda su virulencia, dejando sus secuelas de destrucción y muerte.

El 986, ante las veleidades independentistas de Vermudo II, una nueva campaña, «la de las ciudades», deshace la línea del Duero, penetra en León y saquea Sahagún y Eslonza. En este último monasterio los monjes se quejarán años después de la situación de miseria: «nos quedamos sin nada, ni un buey, ni una oveja, ni un caballo, ni un jumento, ni un pedazo de pan con el que alimentarnos». Ruiz Asencio señala la presencia de nobles leoneses, hostiles al rey entre las tropas que asolaron el país⁵². Es probable que Don Lucas de Tuy pensara lavar la afrenta de sus conciudadanos introduciendo en el relato de tanta desgracia las hazañas del conde Guillén González a quien el rey había encomendado la custodia de la ciudad de León «en defensa de la cristiandad»; ante la noticia de que los enemigos estaban socavando el muro de la ciudad, aunque muy enfermo se hizo vestir de todas sus armas y trasladar a la brecha para contener con su propio cuerpo el empuje de los enemigos. Allí murió tras tres días de combate sin haberse desprovisto de sus armas y allí los enemigos le cortaron la cabeza⁵³. También Dozy

⁵¹ Ruiz Asencio, J. M., «Campañas de Almanzor...», pp. 53-55.

⁵² J. M. Ruiz Asencio, «Rebeliones leonesas contra Vermudo II», Archivos leoneses, 45-46, León, 1969.

⁵³ Lucas, obispo de Tuy, *Crónica de España*, ed. J. Puyol, Madrid, 1926, capítulo 37, pp. 326-328: «Y como así se combatiese la la çibdad de Leon por vn año entero, fizose rom-

se hizo eco de la hazaña del conde gallego, a quien llama Gonzalvo González, de su esfuerzo a pesar de la enfermedad que le aquejaba y de la constancia con la que mantuvo la resistencia de la ciudad durante tres días. Sólo al cuarto fue muerto cuando los musulmanes penetraron en la ciudad por la puerta sur⁵⁴. Luego, todas las fuentes insisten en la saña con la que el amirita procedió a la destrucción de las defensas de la ciudad⁵⁵. Almanzor se dirigió contra Zamora, donde se había refugiado el rey Bermudo; la ciudad se rindió después de que Alfonso saliese de ella. Mientras el Conde Suero Gundemáriz y sus cómplices conspiraban contra la autoridad del rey.

En junio del 987 Coimbra sufrió un ataque que a la larga conseguiría su abandono durante siete años⁵⁶. Era el tercer año consecutivo que Almanzor lanzaba sus tropas contra la ciudad del Mondego. La primera de esas expediciones (la 26.^a) tiene lugar entre Septiembre y Octubre del 986 y en ella ataca Condeixa y Coimbra, la segunda (la 27.^a) se inicia en marzo del 987 y la tercera ese mismo año en el mes de junio, al decir de la crónica la ciudad fue asediada durante dos días y cayó al tercero. Sus habitantes fueron hechos prisioneros y su solar destruido. El año 990, un nuevo ataque dirigido contra Montemayor obligó a desalojar toda la zona al sur del Duero.

Durante los años finales de su vida Almanzor dedicará buena parte de su atención a Castilla. Allí intervino en 994 a favor de Sancho García que se había sublevado contra su padre, el conde Garci Fernández. En esta ocasión dirige una aceifa que consigue conquistar San Esteban de Gormaz, Pamplona y, por último, Clunia. A poco cayó prisionero el conde Garci Fernández, en una algará cerca de Medinaceli, muriendo a causa de las heridas⁵⁷.

pimiento de los muros açerca de la puerta que está fazia oçidente, y el conde Guillen Gonçalez, gallego, que se auia metido en esa çibdad en defension de la christiandad, como muy grauemente fuese enfermo y oyó que fuese fecho rompimiento en los muros, fizose vestir de sus armas y fizose leuar en su lecho alli donde el muro estaua cauado, adonde por tres dias tanto se peleó, que muchos millares de moros cayeron en ese lugar. Al quarto dia, combatiendo fuertemente los baruaros, fue tomada la çibdad; mas el conde Guillen Gonçalez en esse lugar a do yazia armado fue degollado de los moros». También la *Crónica de los Veinte Reyes* se hace eco de este episodio y del heroísmo del conde Guillén (libro V, cap. V, p. 120 de la ed. G. Martínez Díez, J. Fradejas, J. M. Ruiz Asencio y otros, Burgos, 1991). Asimismo R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, lib. V, cap. XV, p. 207.

⁵⁴ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, t. II, p. 160.

⁵⁵ Don Lucas de Tuy, *Crónica de España*, pp. 327-328, y, prácticamente en los mismos términos, *Crónica de los Veinte Reyes*: «Almançor mandó luego quebrantar todas las puertas de la villa e derribar todas las torres que y eran fechas sobrellas, que eran labradas de piedra e mármol, e avn la torre mayor de alcaçar que estaua sobre la puerta de oriente, todas fasta el çimiento. Pero mandó dexar vna torre que estaua sobre la puerta de contra setentrión por tremenbrança de todos los que viniesen después que se acordasen e supiesen qué viniera allí.» (p. 120). También, R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, lib. V, cap. XV, p. 207.

⁵⁶ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, t. II, p. 159. E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba...*, p. 420.

⁵⁷ E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba...*, p. 422. L. Molina, «Las campañas de Almanzor», pp. 258-259.

Pero el nuevo conde estaba dispuesto a proseguir la lucha y así el año 1000 se pone al frente de una coalición antimusulmana. Sancho García reunió a todos los hombres en edad militar «desde Pamplona hasta Astorga», convocando también a los señores vascones y leoneses. El enfrentamiento se produjo en el macizo montañoso de Peña Cervera, el lunes 30 de julio. El castellano presionó contra las dos alas del ejército musulmán integrado por regulares cordobeses y mercenarios bereberes. Cuando el ala derecha empezó a flaquear, poniendo en serio peligro a todo el conjunto, Almanzor se vio precisado a tomar diligencias extraordinarias: inició una maniobra en la que Sancho creyó ver la entrada en combate de fuerzas de reserva. Entonces, el conde ordenó una retirada que se hizo en total desorden. Los cristianos fueron derrotados y su campamento saqueado, aunque ya, a esa hora, los muertos musulmanes se contaban por cientos⁵⁸.

Y el final del período estaba a la vista.

b) El precio de una paz precaria

En estas circunstancias se comprende que la paz con Almanzor resultaba imprescindible para sobrevivir y progresivamente más onerosa. Una paz que comenzó cifrándose en dinero, en sometimiento militar y vasallático, hasta que muy pronto, los cristianos no sintieran escrúpulos en concertarla incluso enlazando familiarmente con el amirita. Así, Sancho Abarca entregará a su hija que será la madre de Abd al-Rhman Sanchuelo como signo de conciliación y en 992 acudió a la corte cordobesa donde prodigó toda clase de señales de acatamiento a su yerno y a su nieto⁵⁹.

El año 993 Almanzor casó con Teresa, hija o hermana de Vermudo II. La leonesa, al contrario que la hija de Sancho II Abarca⁶⁰, no le dio hijos y, muerto el amirita, volvió a León, ingresó en un convento de Oviedo y murió el 25 de abril del año 1039. A ella se atribuye una frase lapidaria inserta en una crónica musulmana tardía:

*Una nación debe confiar la guarda de su honor en las lanzas de sus guerreros y no en los encantos —atributos sexuales— de sus mujeres*⁶¹.

⁵⁸ E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba...*, pp. 426-7. Machado, «Las batallas de Simancas y Cervera descritas por Ibn al-Jatib» CHE, XLIII-XLIV (1967), pp. 385-395.

⁵⁹ J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 240.

⁶⁰ Era hija de Sancho II Abarca y se convirtió al cristianismo con el nombre de Abda, es calificada de «vascona» por las fuentes musulmanas. Debió dar a luz el año 984. El 992 llegó Sancho a Córdoba a cumplimentar a su yerno y a su nieto que pese a su juventud, tenía el título de visir. E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba...*, p. 421.

⁶¹ E. Levi Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba...*, p. 422.

Con esa frase avergonzó a los nobles leoneses que la conducían ante Almanzor y le rogaban que intercediera por ellos. (Sánchez Albornoz en su *España un enigma histórico* recupera la frase ya recogida por Leví Provençal en toda su crudeza)⁶².

El amirita llevó a cabo su última expedición a los setenta y dos años gravemente enfermo de algo parecido a la artrosis, en el verano del 1002. Al regresar murió camino de Medinaceli y fue enterrado en esta plaza bajo el polvo de sus campañas, el que se había ido recogiendo de las ropas que vestía en cada una de las expediciones⁶³.

Quedaba tras él una lección que recogieron los cronistas y expresaron con todos los recursos a su alcance: la necesidad de mantener férreamente asentados el orden moral, la disciplina interna y la autoridad de los reyes. De unos reyes capaces en el plano militar, en el orden jurídico y en el campo político. Esto es; Almanzor había demostrado la necesidad de que el monarca ejerciese las funciones que para él estaban previstas por una constitución no escrita: mantenimiento de la paz, ejercicio de la justicia y defensa del territorio⁶⁴. Esas funciones debían ser secundadas por una nobleza guerrera cuyas virtudes se van perfilando: heroicidad hasta la muerte, fidelidad extrema al rey y a la misión por él encomendada⁶⁵.

Y la Historia se encargó de pasar factura, bien elevada, por cierto, a un régimen basado en la ignorancia absoluta de los más elementales derechos del contrario.

⁶² J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 240.

⁶³ J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 242.

⁶⁴ Como repitió sin cesar C. Sánchez Albornoz en todos sus trabajos. Véase a modo de ejemplo *El reino astur-leonés (722-1037). Sociedad, economía, gobierno, cultura y vida*, t. VII de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980, pp. 480-481. Véanse también las consideraciones que sobre estos tiempos realiza M. J. Recuero Astray, *Orígenes de la Reconquista en el Noroeste Peninsular*, La Coruña, 1996, especialmente pp. 102 y ss.

⁶⁵ Así lo escribí yo misma hace años, *Infanzones y Caballeros. Su proyección en la esfera nobiliaria castellano-leonesa (siglos IX-XIII)*, Madrid, 1979, p. 70.